

En el libro de lectura "Mi Amigo"

Encantamiento y conciencia de la narrativa chilena

Las jornadas solían resultar exasperantemente lentas en la clase de Castellano y a los ojos no les quedaba otra que sumarse a la velocidad de la lluvia que veían caer, oblicua, a través de los vidrios emmarcados en cuatro hebras de masilla resaca. En el patio, un grupo de chicos desocupados tenían una radio a pilas en la que escuchaban "los días de Perly Spencer", sumidos en la cadencia lastimosa de una de esas tardes que se venían al mundo sólo para que Pezoa Véliz tuviese un motivo para escribir.

De pronto, a una orden de la maestra Blanca Barrientos, mi mano se alargaba hasta el libro de lectura "Mi Amigo" y el alma dejaba atrás el candor pluvial para quedarse repentinamente en suspenso, como para oír el pulso de la sangre agolpándose en las sienes: tenía que leer en voz alta una página de literatura chilena; pronunciar, poner énfasis, ritmo, respiración al Castellano. Y la clase, entonces, se volvía cóctel, vértigo, conquista, placer infinito.

Abrir ese libro era como ingresar de lleno al trance de una batalla en la que multitudes combatían felices, donde la muerte era apenas un punto seguido superado por la sonoridad de las vocales y el tráfago de las consonantes, esas quisquillosas aliadas de la música.

Porque crecí cerca de estufas crepitantes y alias que expelían vapor de betarragas y porque siempre hubo algo que robar en la despensa y refulgía el vino tinto sobre la mesa al mediodía, yo no conocí la pobreza sino hasta que leí "El vaso de leche" de Manuel Rojas y ya no pude nunca más volver, con soberbia, a llevarme a la boca la cuchara de sopa ardiente preparada por una madre con vocación

de orégano y nuez moscada.

Con "Mi Amigo" en la punta de la lengua descendí a las oscuridades del carbón de Schwager, donde fallecían obreros que nunca se habrían puesto de acuerdo con sus patrones para asegurarse una sola migaja del pan que mordían sollozando o bien, trepaba a los callejones cordilleranos para enviar a los abismos, con los ojos cerrados, a la bestia herida que me había enseñado a galopar en este mundo.

En una isla de Chiloé conté diez mil pájaros revoloteando sobre arrecifes musgosos poco después del amanecer y entendí que con ellos debía compartir el agua y el aire del planeta, de igual a igual y no desde la truculenta superioridad del mercenario.

Fui padre de un conscripto que no quiso perdonarme el orgullo de tenerle como hijo y me humillé en el pórtico de un regimiento al rechazar la gallina y el resoldo cocidos en el amor de los campos de Chile.

Fui radioperador en la

estación de Walsala, frente al Cabo de Hornos, donde perdí y recuperé el contacto con bergantines que parecían regresar desde el fondo del océano entre farallones fosforescentes y aprendí a asumir las soledades del deber y del poder, que a tantos embuquece o enturbia, como el agua que suele empozarse en el interior de las conchas de los moluscos muertos.

Anduve dándome las, también, de torajido. Y al acecho estuve frente al ventanuco rural donde un hombre me esperaba siempre con el vientre hambriento de un cuchillo y los ojos ya entregados a las galaxias.

Tanto mercedé por esas páginas que el Castellano terminó siendo un pretexto para no abandonar la escuela, que ya en 1964 no merecía un día de la atención adolescente. Lillo, Lazo, Blanco, Rojas, Latrero, Coloane, Guzmán no faltaban jamás a clases. Parecían estar allí sólo para retenernos en los casilleros del libro de curso. Traían el mundo a la sala de clases para que



Por Clemente Riedemann
Becario Fondo
Nacional del Libro y
la Lectura

supiésemos como era el mundo antes de tener que salir a él a quemarnos las pestañas.

Detrás —o acaso debajo— del encantamiento brotó la conciencia de un país ignorado por sus habitantes. Muertos y maravillas de un territorio sagrado que no aprendemos todavía a valorar, porque tenemos ansias de enajenación y de pobreza espiritual. O porque preferimos la lección del conformismo en lugar de crecer en la de la asertividad.

Y ahora tenemos miedo de recuperar la voz y de volver a leer, en chileno, lo que nos está ocurriendo: en el mercado de las ilusiones estamos negociando muy mal nuestro idioma y nuestra cultura. Ya no sólo lo que somos, sino lo que hemos sido está siendo puesto en duda por la exagerada demanda de vulgaridades.

Fuimos "Mi Amigo", ahora somos Santillana. Fuimos el encantamiento, ahora somos la fomedad. Estuvimos en la conciencia y ahora bordeamos el marasmo. Y, sin embargo, mejor es este tiempo que aquel, porque ahora es que escribimos el libro que nos hace amar la vida.

A don Roberto Vilches Acuña, a su entendimiento del lector adolescente, a su bagaje bibliográfico de Chile y a su cariño por los mundos reveladores, profundos y altivos, que producen los escritores nuestros.

Jardín Infantil a Distancia

Encantamiento y conciencia de la narrativa chilena

[artículo] Clemente Riedemann.

Libros y documentos

AUTORÍA

Riedemann, Clemente, 1953-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Encantamiento y conciencia de la narrativa chilena [artículo] Clemente Riedemann.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile